

Arrobado se retorcerá ante ti

Citlaly Aguilar Sánchez

No es necesario que salgas de casa.
Quédate a tu mesa y escucha.
Ni siquiera escuches, solo espera.
Ni siquiera esperes, quédate en absoluto silencio y soledad.
El mundo se te ofrecerá para que lo desenmascares,
no puede evitarlo; arrobado se retorcerá ante ti.

Franz Kafka

Tengo treinta y siete años y me han robado dos. Estoy en mi bar favorito, frente a mí hay una Stella Artois. También estoy de cara a la puerta principal del lugar, por lo que veo a todos los que ingresan: el cubrebocas sigue tapando la mitad de sus rostros, siguen untándose un fangoso gel alcoholado y un tapete seco los recibe sin que nadie le haga caso.

Los meseros me conocen, siempre vengo aquí sola. Desde su estación suelen verme de reojo, con un aire de entre curiosidad y lástima. Me han preguntado por qué nunca voy acompañada. «Me gusta pasarla sola», les he dicho. Que vuelvan a preguntar de vez en vez me indica que no me creen.

Diario abierto

Como la mayoría de las personas, al menos los tres meses que estuve desempleada, los inicios de la pandemia los pasé encerrada; en ese tiempo vivía con mis padres, así que un triste cuarto me contuvo durante los más de noventa días de confinamiento en los que, cada tarde, acompañé a mis papás a ver el reporte diario del subsecretario de Salud Pública nacional para seguir las cifras de contagios. Durante esa primera temporada recuerdo que los casos aumentaban a cuentagotas: diez o quince por día en todo el país.

Según los datos de la Secretaría de Salud del Gobierno de México, hasta la última semana de octubre de 2022 a nivel mundial se han reportado 626, 565, 321 contagios (304, 523 casos nue-

vos) y 6, 566, 037 defunciones (895 nuevas defunciones); tan solo en México son 7, 111, 119 casos y 330, 393 defunciones. Estas cifras dejan de ser números y se convierten en personas, en momentos compartidos y en emociones vividas si logramos contener la respiración un segundo para pensar en ello. Pero no siempre es posible. Nuestra mente nos obliga a bloquearlo como una medida de defensa ante el desastre psicológico que le significa.

Comencé a llevar un diario de lo que ocurría alrededor en los primeros meses. En abril apunté que la gente empezó a atacar a los doctores, a las enfermeras, gritándoles en las calles, ofendiéndolos por creer que traían el virus encima. A algunos los golpearon porque no los dejaban ver a sus familiares en los hospitales. Escribí que en algunos estados de la República les quemaron casas o coches.

En ese mes también tengo anotado que circuló en Facebook la imagen de un grupo de WhatsApp en el que se adjuntó una foto de varias personas que acababan de llegar a Zacatecas de un tour por Europa; eran veinticinco los que habían ido a Francia, Italia y España en semanas pasadas. El que parecía líder del grupo invitaba a buscarlos por la ciudad, ubicar sus casas y mantenerse afuera, vigilar que no salieran y en caso de que lo hicieran golpearlos; decía que de ningún modo se podía permitir que estas personas propagaran la enfermedad.

En mayo señalé con una pluma de tinta morada que, de las treinta y tres casas de mi calle, veintisiete fueron repintadas de la fachada. Mientras todos los comercios se vieron afectados, las tiendas de pinturas nunca antes vendieron tanto. La gente nunca quiso hacer eso como lo quisieron durante el confinamiento. Estar enfrente de casa era una manera de no estar en casa, era estar afuera. Todos pintaron con colores brillantes: anaranjado, verde, amarillo y rojo fueron los que más se vendieron. Querían tapar lo lúgubre de esa temporada.

A inicios de junio escribí en mi diario que Tinder ofreció gratuitamente algunas de sus características *premium*. Empecé a usarlo para conocer a gente de

aquellos lugares a los que siempre he querido viajar: Londres, Alemania, Suecia, Italia, Argentina...

Conocí a muchos hombres, pero no querían convivir un rato sino que todos buscaban sexo a distancia, es decir, mandar fotos de desnudos, decir obscenidades, contar fantasías, masturbarse y cosas por el estilo.

Un día hice *match* con uno que creí que era de Alemania, le saludé en inglés, pero resultó ser de Estambul y su inglés era pésimo. Durante esa primera conversación en la que él usaba el traductor de Google, me invitó a una videollamada, acepté y lo que apareció fue él recostado en un sofá, pero yo solo veía de su cintura hacia abajo; no estaba desnudo pero se tocaba abajo del pantalón con una mano. Le dije que eso era muy extraño, que no le encontraba sentido. De repente giró su pantalla y apareció su cara, encendió un cigarro y hablamos mientras fumaba.

Tenía la mirada triste y se veía muy cansado; dijo que no podía dormir y que tendría que levantarse a trabajar dentro de dos horas. Se rió de eso. Le dije que tenía una sonrisa bonita y en inglés eso sonó como el coro de una canción de *britpop*. Sus ojos brillaron de otra manera.

Al día siguiente me pidió que le mandara una foto de mis pechos. Mi libido no era el mejor en esos tiempos. Lo bloqueé.

En julio anoté: los dejan en las calles, a veces solo cubiertos con una sábana o envueltos en una bolsa negra. Ya no caben en la casa. Adentro solo dejan un mal olor, una desolación putrefacta. La gente los quiere vivos. Se sacan como si fueran basura y se espera que llegue alguien o algo y se los lleve. Pero nadie viene por ellos, se quedan ahí días, semanas, recordando a los de adentro que han sido ingratos, que debieron dejarlos adentro un poco más, rezar, cantar, ofrecer un poco de calor. Se quedan afuera esperando, no sé qué. A la mejor un día se levantarán con sábanas blancas y bolsas negras...

Insomnio de niebla

Al igual que muchos, al inicio de la contingencia padecí insomnio; creo que empecé a perder el sueño porque no tenía nada importante que soñar. Una vez cerré los ojos y empecé a ver figuras indescriptibles entre la oscuridad de los párpados, una oscuridad bermeja como en los callejones de la ciudad cuando solo están alumbrados por viejas lámparas; fui siguiéndolas sin intentar darles una forma. De repente caí dormida. No recuerdo haber soñado nada esa noche. Fue como si el mundo hubiera terminado y solo quedaran fantasmas... Sueños fantasmas a los que no les tenía miedo, a los que les rogaba que aparecieran y cuando llegaban los perseguía.

Tuve ese problema durante los tres meses de desempleo. Cuando comencé a trabajar padecí otra condición de la que aún no logro recuperarme: la pérdida de la noción del tiempo. Aunque este estado solía ser asociado anteriormente, sobre todo por la literatura de tema amoroso, con situaciones agradables, como sentir que vuelan los minutos cuando estás con alguien a quien amas, en mi caso, acciones que deberían llevarme un par de minutos me parecían eternas; y aquellas que suelen demorarse, se me pasan incontenibles, como el agua. He buscado información al respecto y hasta la fecha sigo sin encontrar el nombre de este estado.

Quienes sobrevivieron a la COVID-19 han presentado como secuela lo que se denomina «niebla mental» que, según Pam Belluck de *The New York Times*, «se trata de preocupantes síntomas cognitivos entre los que pueden estar la pérdida de la memoria, confusión, dificultad para concentrarse, mareos y dificultad para comprender palabras cotidianas», y es lo más cercano a lo que busco, aunque mi caso no es tan extremo.

En ese sentido, dos años han sido solo 133, 225 días de mi vida que se han ido como segundos. Tengo la sensación de haber sido robada, de que treinta y siete años no es mi edad. Y sin embargo, al verme en el espejo, sé que he envejecido indudablemente;

me delata la cicatriz del gesto en mi ceño, las huellas, como paréntesis de mi boca, que ha dejado mi sonrisa. No puedo reclamar la devolución de cada minuto...

Eternidad efímera

Como anticipé, al inicio de la pandemia me quedé sin empleo, estuve tres meses sin nada mejor que hacer más que leer y corregir mis textos. En julio finalmente conseguí trabajo, el cual hacía en casa. No obstante, solo tenía un día libre a la semana, los sábados, y, debido a esto, necesitaba hacer algo diferente en mi día libre para hacer una separación entre estar en casa trabajando y estar en casa sin trabajar. Pero esto no me fue del todo posible. Permanecer en la misma habitación donde trabajaba aún sin trabajar me generaba más cansancio. Así que me obligué a salir.

Comencé a venir sola a este bar desde finales de 2020, en plena crisis sanitaria por la COVID-19. Venía sola porque, en aquel año, pocas eran las personas que se animaban a salir a lugares públicos y quienes salíamos éramos tachados de irresponsables y culpables de la miseria mundial. A estas alturas, vengo sola porque me he encontrado en la soledad y me disfruto.

Sin embargo, el mundo ha cambiado en este lapso de tiempo. Hemos desvelado múltiples máscaras, hemos construido otras nuevas. Muchos hemos descubierto que preferimos el aislamiento en medio de la multitud. Arrobados, nos hemos retorcido en el tiempo. Hoy somos otros. Hemos valorado la salud, la higiene y el autocuidado como nunca.

Sostengo que todos perdimos algo irrecuperable durante la pandemia: personas, empleos, hábitos, tiempo. Quizás por eso ahora estamos en un estado de duelo del mundo que fue, e incluso en una negación del que ahora tenemos, pues, hasta ahora, no he encontrado, al menos en el arte, discursos claros y que traten únicamente sobre el gran confinamiento y lo que nos dejó.

Desde inicios de la pandemia, cuando me sentaba a ver el reporte diario de contagios con mis padres, y hasta la fecha, siempre estuve esperando el fin de este proceso. Me parecía que sería de un día para otro, que habría un punto de partida. Y dado que no ha sucedido, creo que quizás eso sea lo que mantiene a mi mente en un estado aletargado, en el que el tiempo efímero se mezcla con el eterno incontrolablemente.

Luego de observar a la gente llegar a este lugar y tomar asiento, me veo en un espejo que cuelga de la pared a mi derecha y veo el desastre que dejó en mi cara el cubrebocas al quitármelo y del que no había sido consciente. Tomo una servilleta y trato de solucionarlo, al tiempo que pienso en que, en el fondo, de cualquier manera, sigo siendo casi la misma célula que hace dos, cinco, veinte o treinta y siete años, solo cambia la forma en que me presento al mundo, como máscaras que uso para sobrevivir ante específicas circunstancias. Y que el mundo, como organismo vivo, de igual manera, nos muestra ahora un rostro diferente, del que seguimos aprendiendo lo mismo, pero ello indica que son otras las condiciones.

Fuentes

Belluck, Pam, «Me vuelvo casi catatónico: la “niebla mental” afecta a los sobrevivientes de la COVID-19, *The New York Times*, 15 de octubre de 2020. Disponible en: <<https://www.nytimes.com/es/2020/10/15/espanol/ciencia-y-tecnologia/sobrevivientes-covid.html>>. Informe técnico semanal, disponible en: <https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/773756/Informe_Tecnico_Semanal_COVID-19_2022.II.OI.pdf>.